

ba! A medida que subía iba pensando en la ventura que casi había olvidado durante la jornada. Volvía a darse cuenta de que no marchaba a lo desconocido, sino que se iba aproximando a donde lo conducía su corazón.

Tuvo una ligera sensación de frío, demasiado sutil para que fuese producida por la fresca perfumada de la selva andina.

De pronto, en una curva del camino, oyó voces varoniles y rumores de caballos; jinetes no vistos aun se acercaban a él. Se estremeció con aquella emoción que precede a los sucesos inminentes. Abrió los ojos desmesurados y vió desembocar los jinetes en una vuelta.

—Aquí viene! Aquí viene!—clamaron voces en el grupo.

Y luego, un solo nudo de abrazos desde los caballos y rumor confuso de los que se vuelven a ver. Fué después del abrazo ciego cuando Andrés llegó al reconocimiento de los que habían ido a su encuentro.

¡Oh, cómo estaban cambiados sus hermanos y amigos! Cómo estaría cambiado él!

¿Aquel hombre fornido y arrogante era su hermano Eleazar? ¿Aquel joven alto, de bigote naciente, era el menor, Nelo, a quien Andrés había dejado niño? Si se hubieran encontrado en algún camino del mundo, tal vez habrían hablado como extraños, sin reconocerse. Andrés comprendió la noción del tiempo y de la vida.

Subió la alegre cabalgata, hablando todos, disputándose cada uno el lado de Andrés. Apenas había tenido tiempo de preguntar en voz baja a Nelo, por las dos que lo estaban esperando.

Parecía que la tarde se había apagado por completo; pero ya cerca de la cumbre doraba el sol las altas copas de los árboles no invadidos aun por la marea negra de la sombra. Estaba próximo el alto de las Cruces. El corazón de Andrés latía fuertemente... Y de súbito, como una decoración inmensa, el valle del Cauca apareció con toda su majestad maravillosa, deslumbradora, incomparable.

Era desde esa altura de donde había soñado volver a contemplarlo. En todas sus tristezas, en todos sus anhelos, en todas sus nostalgias, a esa cumbre volaba su imaginación, allí se detenía, allí se estasiaba. Y ahora, no era sueño, sino la realidad llena de encanto, la visión de la tierra prometida.

Delante de sus ojos estaba el círculo infinito de verdor eterno, con sus azules ríos y su laguna de plata: un horizonte cuyo límite se pierde en la bruma transparente, de donde sobresalen, tocando el suelo con sus cúpulas las cimas altísimas de la cordillera, que a la luz del poniente resplandecen como pirámides de oro; y más alto que ellas, el nevado del Huila solitario, fúlgida mole de diamanté. Aldeas dispersas en lejanas colinas iluminadas por el sol; en el flanco de una sierra, la casa idealizada por el amor de *María*; redondos oasis de bosquecillos oscuros en la pampa sin límites; y sultana de ese paraíso, la ciudad querida, Cali dichosa, la de los blancos campanarios y las verdes palmas.

Andrés se había apeado del caballo para sentir bajo sus plantas el suelo nativo, mientras contemplaba tanta belleza. Largo fué su arrobamiento silencioso. Todos callaban. Por último, el joven escondió la frente en el pecho de Nelo y ahí lloró.

XIV

Los que no han salido de su patria no pueden comprender ese llanto. Los que no tienen en su frente la contracción de la nostalgia meditabunda y triste, no saben ese arrobamiento sin palabras, que suspende el alma del que vuelve, a la vista de lo que dejó. No pueden explicarse por qué el proscrito suele llevar consigo un puñado de aquella tierra bendita, sin la cual se secaría como una flor sin savia.

¡Y tan indiferentes que son, mientras permanecemos entre ellas, todas las cosas que forman nuestro primer ambiente! ¡Quién creyera que cuando eso se abandona, adquiere en la me-